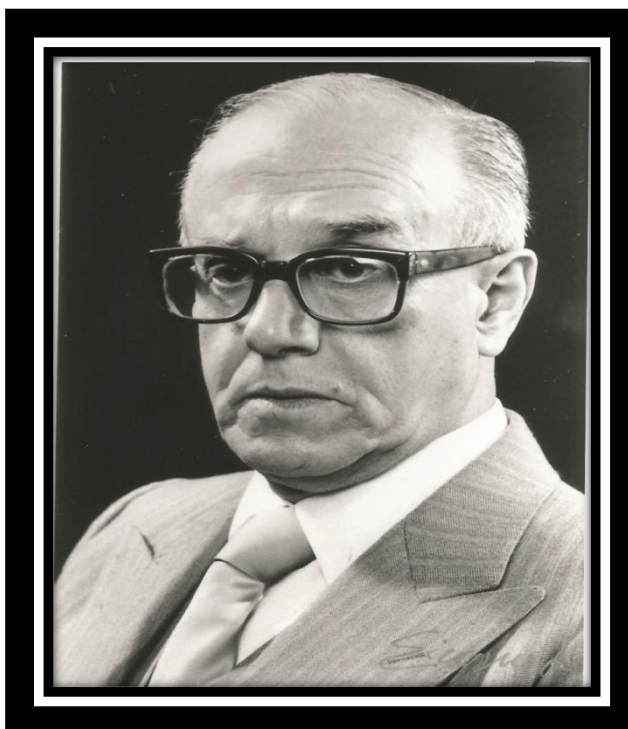


EL ACADÉMICO JOSÉ EMILIO BURUCÚA
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO
(1918-1995)

Por Acad. Juan A. Mazzei



Conocí al Dr. Burucúa cuando cursaba el cuarto año de la carrera de medicina en la Unidad Hospitalaria, en la Cátedra de Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

Por esa época, Burucúa era profesor adjunto de la cátedra a cargo del profesor Osvaldo Fustinoni.

Corría el año 1964 y desde entonces, hasta su muerte en 1995, tuve hacia él una profunda admiración por su capacidad docente, el cúmulo de conocimientos médicos y extra-médicos, su personalidad carismática, su brillante y ágil intelecto, la rapidez de su raciocinio, su memoria incomparable y particularmente sus condiciones éticas, su integridad y su conducta.

A lo largo de esos años, lo tuve como docente, como consultor en múltiples oportunidades, como mentor cuando me presentó y avaló mis condiciones médicas y morales para ingresar a la carrera del profesorado, como jurado cuando fui designado profesor adjunto de medicina y luego en circunstancias dolorosas para nuestra familia, cuando atendió a mi padre el Académico Egidio Mazzei, hasta el momento de su muerte.

Es obvio que al hacer esta evocación se mezclan sentimientos que tienen que ver con el afecto y la emoción que despertó su figura a lo largo de mi vida como estudiante, como médico y como docente.

Burucúa nació el 15 de abril de 1918. Sus padres, Cándido Burucúa y Emilia Badía, eran descendientes de vascos y catalanes. Burucúa dominaba el idioma catalán y conocía varios vocablos vascos.

A los 3 años de edad su padre le enseñó a leer, sumar y restar y su madre le enseñó a tocar el piano, así fue que a los 4 años de edad, cuando nació su hermana Juana, sabía leer, escribir y tocar en el piano "Para Elisa".

Fue educado en la escuela y la Universidad pública. En el Colegio Nacional N° 1 "Bernardino Rivadavia", donde cursó entre los años 1931 y 1935, obtuvo el premio Bismarck Lagos al mejor alumno de matemáticas, con medalla de oro y al mejor alumno de su curso.

Ingresó en la Facultad de Medicina en el año 1936 y como estudiante fue ayudante de la Cátedra de Anatomía Topográfica, a cargo del profesor Pedro Belou.

Durante sus estudios universitarios, su familia pasó una situación económica comprometida y como Burucúa había completado su formación pianística y dominaba un vasto repertorio ofreció sus servicios como ejecutante en fiestas y saraos, llegando a tocar en la famosa sede del Jockey Club de Florida 571.

Egresó el 23 de marzo de 1944, con diploma de honor y un promedio de 9.67. No obtuvo la medalla de oro a pesar de ser el mejor promedio de su promoción por haber tenido que postergar el último examen de su carrera por enfermedad.

En el año 1939 realizó el Servicio Militar Obligatorio como aspirante a Oficial de Reserva en el Regimiento Número 1 de Infantería de Palermo. Mientras se realizaban las maniobras militares, el 18 de febrero de ese año, una mula del regimiento descargó una patada en el desprevenido estudiante de medicina. Esa lesión se transformó en una fístula, sobre infectada por el bacilo de la tuberculosis que le transmitió un paciente en 1941.

Años más tarde, cuando a fines de 1947 el cuadro se complicó, llegó la noticia de que Selman Waksman había descubierto la estreptomycin y Burucúa se benefició con ese tratamiento que le curó su dolencia

Como era de esperar le escribió a su benefactor, quien le respondió con cariño y sencillez.

En 1952 Waksman recibió el Premio Nobel de Medicina y Fisiología

Durante sus años de estudiantado el Dr. Burucúa fue practicante interno del Hospital de Clínicas, honor que se reservaba a los 13 mejores promedios del curso. En esa camada de practicantes, entre otros se destacó el doctor Horacio Rodríguez Castells, quien años más tarde fuera presidente de esta Academia.

A principios de diciembre de 1939 se libró la Batalla del Río de la Plata entre los navíos de guerra de Gran Bretaña y Alemania, donde fue hundido el acorazado de bolsillo Admiral Graf Spee por los buques británicos Achilles, Ajax y Exeter. Los marinos británicos y alemanes heridos fueron evacuados a Buenos Aires y atendidos en el Hospital de Clínicas. Ambas embajadas agradecieron a quienes participaron en esa atención y Burucúa recibió las cartas de agradecimiento correspondientes.

Una vez recibido de médico se incorporó al Instituto de Semiología a cargo del académico Tiburcio Padilla, donde tuvo como mentor a Enrique Dassen, que fue padrino de su tesis sobre hidatidosis raquídea en el año 1940 y a quien atendió en el momento de su muerte.

Inclinado a la cardiología y a la neurología Burucúa formó un equipo de hemodinamia y cateterismo cardíaco, donde dio muestras de gran habilidad quirúrgica para sortear las dificultades que podían presentarse en la disección de los vasos y el manejo del catéter, y al mismo tiempo, demostró sus conocimientos matemáticos para el cálculo de los parámetros hemodinámicos y de las áreas valvulares.

Fue jefe de clínica del instituto de semiología Araoz Alfaro en el año 1957 y en el año 1958 obtuvo el cargo por concurso de profesor adjunto brindando una conferencia magistral sobre síndrome hipertiroideo.

A los 45 años de edad ganó la beca de cooperación técnica otorgada por el Gobierno de la República Francesa para estudiar electrofisiología cardíaca con el profesor Jean Lenegre en París.

Durante el tiempo en que trabajó en Francia, Burucúa realizó un trabajo sobre la correlación anátomo-eléctrica en los bloqueos de rama bilaterales.

Lenegre pudo apreciar las dotes de su becario, evaluándolo de la siguiente manera: “asiduidad ejemplar que ha producido un trabajo original de alta calidad: es un becario de clase excepcional. Se trata de un maestro y no de un alumno”.

Durante su permanencia en Francia, el profesor Lenegre enfermó y los médicos no arribaban al diagnóstico. Burucúa afirmó que se trataba de una endocarditis bacteriana, a pesar de la negatividad de los hemocultivos al observar los cambios en las uñas del maestro francés.

El diagnóstico fue confirmado por la evolución del cuadro clínico con el tratamiento antibiótico instituido.

Pero la permanencia en Francia de Burucúa tuvo además un cariz cultural, ya que admirador de René Théophile Hyacinthe Laënnec, tal como lo citaba frecuentemente en sus clases, Burucúa decidió visitar en Quimper, Bretaña, la casa natal de Laënnec, quien, en el año 1816, un año después de la batalla de Waterloo inventó el estetoscopio, uno de los grandes hitos de la medicina moderna, complementado en el año 1819 por su libro "De la auscultación mediata o tratado sobre diagnóstico de enfermedades de los pulmones y el corazón basado principalmente a partir de este nuevo medio de exploración".

Allí en Bretaña, además de visitar la casa natal, visitó la tumba y obtuvo referencias sobre la vida, enfermedad y muerte del egregio francés.

Las vivencias de esta visita fueron volcadas años después cuando en 1986 publicó un artículo titulado “Una deuda de gratitud”, donde se refirió emotivamente a la figura de Laënnec.

Su estadía en Francia le permitió años más tarde dar algunas conferencias como “Paseando por París del brazo con Buenos Aires” y “Arte gótico”.

En el año 1969 fue designado profesor titular de medicina a través del concurso correspondiente y ocupó la quinta cátedra que tenía su sede en la sala 9 del antiguo hospital de clínicas y donde habían ejercido la docencia, entre otros, Roberto Wernicke, Gregorio Araoz Alfaro, Tiburcio Padilla, Ernesto Merlo y Héctor Gotta.

Cuando se produjo la mudanza desde el antiguo edificio del Hospital de Clínicas a su nueva ubicación, en el año 1969, Burucúa trasladó al vestíbulo de la Cátedra, en el nuevo edificio, la escultura de mármol en homenaje a Roberto Wernicke, que lo representa en el acto de salvar a una muchacha de morir ahogada en Mar del Plata en el año 1900.

También restauró un cuadro monumental firmado por Fantuzzi en 1923 que muestra a uno de sus antecesores, Gregorio Araoz Alfaro, en momentos de discutir un paciente, acompañado de los médicos del servicio.

Burucúa puso en la cátedra el sello personal de su erudición ilimitada y la energía y elocuencia con que ejercía el profesorado. Dictaba regularmente 3 clases semanales y pasaba revista de sala junto a los médicos residentes y colegas a los que atraía con su personalidad magnética, su capacidad y sus conocimientos médicos y extra-médicos.

En el año 1970 obtuvo una beca viajera de la Oficina Sanitaria Panamericana para estudiar las tareas docentes en la enseñanza de la medicina interna, produciendo un informe sobre ese tema, donde volcó las modalidades pedagógicas de Colombia, Venezuela, Brasil y Estados Unidos.

Su prestigio como clínico lo hizo un referente obligado para ser consultado por los médicos de las figuras políticas de su tiempo, como Isabel Martínez de Perón, detenida en Tandil, Héctor J. Cámpora, quien permanecía asilado en la Embajada de México, el General Roberto Viola entonces presidente en ejercicio de la Junta Militar y el expresidente Arturo Illia a quien le diagnosticó el cáncer de esófago que ocasionaría su muerte.

Burucúa fue además un testigo privilegiado de una época inolvidable del Hospital de Clínicas, cuando todavía se conservaba el practicantado y el pabellón de practicantes. Estas vivencias las volcó en un libro que tuvo como co-autor, entre otros, a su hijo y en el que realizó numerosas entrevistas y reuniones donde su memoria fotográfica evocó recuerdos que transmitía vívidamente.

La trascendencia internacional de su figura significó la designación como miembro correspondiente de las academias de medicina de Chile y Paraguay y profesor delegado de la Universidad de Miami.

Al cumplir los 65 años de edad fue designado profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires, y poco después fue elegido miembro de número de la Academia Nacional de Medicina, ocupando el sitial 31 en que sucedió al académico Alfredo Lanari.

A lo largo de su actividad docente, Burucúa obtuvo gran número de premios y reconocimientos, entre otros, el de Profesor Honorario de la Universidad de Tucumán, Maestro de la Medicina y premio Konex de Platino en el año 1993 dedicado a Medicina Interna y especialidades médicas.

Además de estas distinciones obtuvo el premio Luis Güemes de la Facultad de Medicina, el premio Rodolfo Eyherabide de la Asociación Médica Argentina, el premio Prof. Víctor Miatello, el premio Fausto de oro y el premio Arco de Triunfo del Hospital Francés.

Fue miembro titular de la Sociedad Argentina de Cardiología, de la Sociedad de Medicina Interna de Buenos Aires, de la Sociedad de Cirugía Torácica, de la Sociedad de Gerontología y Geriátrica, de la Sociedad de Nefrología, de la Asociación Médica Argentina, de la Sociedad de Medicina de Montevideo, de la Asociación Colombiana de Medicina Interna, miembro correspondiente extranjero de la Sociedad de Cardiología de Francia.

Publicó numerosos trabajos en cardiología, neurología, nefrología, neumonología, gastroenterología e inmunología. Fue director del Instituto de Cardiología de la Fundación Hermenegilda Pombo de Rodríguez.

Tal como dijo el profesor Osvaldo Fustinoni en el acto de toma de posesión, el Dr. Burucúa tuvo siempre gran preocupación por el desarrollo de la enseñanza y la organización de la facultad de medicina integrando el consejo directivo de la misma en varias oportunidades.

Su vida fue una verdadera cátedra de moral, de integridad y de conducta. Practicó la máxima de Terencio “soy hombre y todo lo que es del hombre me interesa”, así fue como se interesó por la historia, el arte, las matemáticas, la balística y la historia de las armas, desde los tiempos primitivos. Era capaz de identificar la edad de un arcabuz y el alcance de tiro de un rifle o de un revólver.

Una faceta poco conocida de Burucúa fue su capacidad como pianista, donde en algunas oportunidades tuvo el privilegio de escuchar sus ejecuciones de tangos y de piezas clásicas.

En momentos difíciles de su vida fue capaz de demostrar un temple de acero sobreponiéndose a sinsabores muy difíciles de sobrellevar.

Pero una característica adicional a sus dotes de clínico excepcional fue su generosidad para enseñar su destreza semiológica y su desinterés material, tal como tuvo la oportunidad de compartir cuando lo llamé en consultas para ver pacientes en domicilio, era necesario insistir para que cobrara sus honorarios y en oportunidades era capaz de renunciar a ellos.

Burucúa será recordado por muchas generaciones médicas que tuvieron el privilegio de conocerlo por su inteligencia que utilizó para curar y aliviar a los enfermos, por su capacidad y su generosidad docente sin límites que iluminó numerosas vocaciones, instruyó generaciones de alumnos y formó una legión de discípulos.

En el décimo piso del Hospital de Clínicas, el aula principal del Departamento de Medicina lleva el nombre de José E. Burucúa y bajo su advocación se realizan los ateneos clínicos y anatómicos y los alumnos reciben las enseñanzas de sus docentes continuando de esta manera la tradición y recordando a quien inspiró a los médicos que tuvimos el honor de recibir sus enseñanzas.